



Estudios de Literatura Colombiana

ISSN: 0123-4412

revistaelc@udea.edu.co

Universidad de Antioquia

Colombia

Gómez García, Juan Guillermo

¿Cómo se construye un texto crítico? Observaciones al margen de la correspondencia
entre Rafael Gutiérrez Girardot y Nils Hedberg (1956-1965)

Estudios de Literatura Colombiana, núm. 26, enero-junio, 2010, pp. 15-42

Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=498355921002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

¿Cómo se construye un texto crítico? Observaciones al margen de la correspondencia entre Rafael Gutiérrez Girardot y Nils Hedberg (1956-1965)

How is it built a critical text? Observations on the sidelines of the correspondence between Rafael Gutiérrez Girardot and Nils Hedberg (1956-1965)

*Juan Guillermo Gómez García**
Universidad de Antioquia

Recibido: 10 de mayo. Aprobado: 10 de junio de 2010 (Eds.)

Resumen: esta lectura de la correspondencia entre Nils Hedberg y Rafael Gutiérrez Girardot, nos permite adentrarnos en un espacio de intimidad para ver, por ejemplo, cómo el crítico se debate entre su afán creador y su urgencia de ganarse un sueldo como funcionario diplomático. Es también una radiografía de la brega cotidiana en el ejercicio de producción intelectual.

Descriptores: Rafael Gutiérrez Girardot; formación de un crítico; Jorge Luis Borges; Alfonso Reyes; Nils Hedberg; diplomático; intelectual.

Abstract: This reading of the correspondence between Nils Hedberg and Rafael Gutiérrez Girardot, allows to get us into an intimate space to see, for instance, how the critic struggles between his creator desire and his urgent to earn a salary as a diplomatic. It is also radiography of the daily struggle in the exercise of intellectual production.

* El autor es profesor Asociado de la Universidad de Antioquia, pregrado en Letras: Filología Hispánica; y Catedrático Titular de Historia de la Universidad Nacional, Sede Medellín (punctumed@yahoo.com). Este artículo se inscribe en el desarrollo del año sabático “Archivo personal de Rafael Gutiérrez Girardot” concedido por la Universidad de Antioquia. Las cartas de Rafael Gutiérrez Girardot a Nils Hedberg, así como la documentación citada de la prensa sueca, fue suministrada de forma generosa y oportuna por la colega Anna Svensson del Instituto Latinoamericano de Gotemburgo (Suecia). La doctora Bettina Gutiérrez-Girardot, residente en Bonn (Alemania), por su parte, suministró las cartas de Nils Hedberg extraídas del archivo de su padre. Gracias a estos aportes documentales fue posible realizar la presente contribución sobre la formación intelectual, en aquella década determinante, del crítico colombiano.

Key words: Rafael Gutiérrez Girardot; formation of a critic; Jorge Luis Borges; Alfonso Reyes; Nils Hedberg; diplomatic; intellectual.

Un diplomático “desadaptado” en búsqueda de su formación intelectual

Pocas son las ocasiones que tiene la crítica literaria en Colombia de contar con documentos de primera mano y de valor inusitado para reconstruir el entramado oculto del oficio crítico. Hacer crítica de la crítica parece un tanto sospechoso, más cuando la crítica se entiende y se acepta tan comúnmente como un oficio y una tarea no solo en permanente autojustificación ante un público más amplio ávido de novedades literarias, sino sobre todo cuyos alcance y sentido son entendidos por cada quien según le plazca. Estas cartas de Rafael Gutiérrez Girardot, con todo, ofrecen y prometen al lector un encuentro placentero en que se mezclan la erudición, la agudeza, la ironía en pasta, pero sobre todo en que se descifran las claves para una tarea intelectual altamente exigente y de casi matemática perfección. En pocas palabras, una actividad de provecho intelectual en permanente progreso y con ánimo inequívoco de perfeccionamiento espiritual.

Estas son las cartas de un diplomático, de un agregado cultural colombiano en la Alemania dominada por Konrad Adenauer —que hizo del temor antisoviético el instrumento de su política autoritaria— donde hacía ruido literario el Grupo del 47,¹ pero son a la vez las cartas de un intelectual latinoamericano a su corresponsal sueco que asume la tarea crítica como una vocación irrecusable. Gutiérrez Girardot se nos presenta con toda la frescura y el desparpajo corrosivo, y sobre todo deja ver la palpable guerra interior para la construcción de un objeto crítico exigente, la interpretación de la obra de Jorge Luis Borges —y en menor medida la de Pedro Henríquez Ureña—, que no acepta vacilaciones a la hora de demandar un juicio comprensivo, serio e inédito. Esta tarea es una aventura intelectual de

1 Este grupo es tipificado audazmente por Rolf Schroers, en un ensayo polémico, como el único grupo literario alemán con una significación relevante en la posguerra. Actuó primero como un cartel, hizo ruido, logró una enorme audiencia, se supo autorrepresentar en un contexto sociológico fluctuante. Era la “Izquierda sin patria”, anticonformista, antifascista, filosemita, humanitario y comprometido; hábil para venderse y sutil, pese al ejercicio público de su autocritica, para sobrevivir a tanto evento y circunstancia. Estéticamente, el Grupo de amigos fue glotón y rechazó solo el arte nazi. Véase Rolf Schroers, *El intelectual y la política*. Editorial Alfa. Barcelona, 1979.

máxima responsabilidad, que se elabora en medio de un clima burocrático de vergonzosos perfiles. El diplomático y el crítico conviven y se repelen; los dos oficios, el diplomático, con el que se gana el salario, y el secreto del crítico, con que pretende ganarse un reconocimiento en el mundo intelectual hispanoamericano, son complementarios, repelentes; mundos que, con todo, se hostigan y se enriquecen, sin querer y a despecho del dislocado sujeto epistolar que hace sonreír, por encima de las décadas de su escritura, con su irreverente impaciencia.

Gutiérrez Girardot, pese a sus constantes quejas, y sobre todo a cuenta de ellas, deja entrever su encanto discreto por la diplomacia, en cuanto ella demanda una representación, por más equívoca que ella se experimente, ante otras representaciones diplomáticas, que sirven para mucho y no sirven para casi nada. El diplomático Gutiérrez, o el “diplomata”, como en ocasiones se denomina él mismo, puede fastidiarse de su ambiente, pero también sacar partido para desplegar una actividad de singular valor. Sin esta situación de privilegio, que lo atormenta pero a la que se adapta, no hubiera logrado la independencia, no digamos económica, sino en verdad la libertad de criterio que en otras condiciones le hubiera sido esquiva. El diplomático aprende a intrigar, a no dejarse mover la silla, pero a la vez encuentra una ventana favorable sobre su entorno; le otorga relaciones provechosas, un estatus y una ocasión para tejer relaciones personales-intelectuales que, a su modo, fueron inéditas, en un momento en que Alemania se abría a los vientos literarios de la novedad latinoamericana, y a su vez la producción literaria del continente ascendía y se imponía en los mercados europeos. En el filo de esa transición excepcional, Gutiérrez Girardot, que venía de una estadía fructífera de dos años en España (allí asistió a los seminarios de Xavier Zubiri y se enganchó a la *Revista Hispanoamericana*) y otra también de dos años en Friburgo (donde fue discípulo de Martin Heidegger, Eugen Fink y Hugo Friedrich), sacó las consecuencias de ese intenso periplo formativo. Los años de formación de alguna manera habían concluido, formalmente hablando, y le quedaba arrostrar la empresa superior de sentar las bases de su tarea crítica, de la cual quedan como testimonio el libro sobre Jorge Luis Borges, a cuya génesis y realización asistimos en estas cartas, y la paralela –no mencionada– realización de *Nietzsche y la filología clásica*.

La correspondencia entre Rafael Gutiérrez Girardot y el fundador y director del Instituto Latinoamericano de Gotemburgo (Suecia), Nils Heideberg, entre 1956 y 1965, contribuye de forma excepcional a reconstruir,

genética y dinámicamente, la formación intelectual del crítico colombiano y, consecuentemente, sirve para completar su imagen de una España, y su ambiente cultural, cada vez más deplorable. De esta correspondencia, que yace en los archivos del Instituto sueco, emerge una muy determinada relación con la figura de Jorge Luis Borges: su lectura de *El Aleph*, su interés creciente por su obra, la elaboración del libro que finalmente sería publicado en España en 1959 por Ínsula, *Borges: una interpretación*, su relación personal con el maestro argentino y, de paso, el descubrimiento, en esos años decisivos, del crítico dominicano Pedro Henríquez Ureña, que le servirá a Gutiérrez Girardot para morigerar la anterior devoción por el mexicano Alfonso Reyes. La “prosa simpática”, llega a escribir Gutiérrez a mediados de 1961, “pero en ocasiones vacía de Don Alfonso”, le causa dolores hacerla hablar sólidamente en alemán. De modo que Reyes, Borges, Henríquez Ureña, sus figuras tutelares, y la intelectualidad latinoamericana más contemporánea con que tiene ocasión de entrar en contacto como gestor cultural –Asturias, Roa Bastos, Eduardo Mallea, Rosario Castellanos, José Luis Romero– confirman y dan contorno específico a su “camino de perfección” intelectual, su fe latinoamericanista, a la que su obra crítica rendirá tributo en adelante. La correspondencia con Nils Hedberg es corroboración de este camino, en una década decisiva de formación y expresión hasta ahora inexplorada, para interpretar y corregir su trayectoria y su *pathos* intelectual, su posición política y su manera peculiar de entender su tarea de traductor y mensajero de cuatro mundos, Latinoamérica-España y Alemania-Suecia.

Como en la correspondencia de Gutiérrez Girardot con Alfonso Reyes,² en la sostenida con Hedberg se dejan entrever, parejamente, trazos llamativos e incesantemente incómodos de su entorno vital, en este caso de su vida de diplomático colombiano en Bonn (RFA). En esta posición de privilegio se puede corroborar la indolencia, la desidia y finalmente la estafa de las autoridades diplomáticas colombianas, de sus hombres encumbrados, la verdadera miseria del país perdido en un laberinto de subdesarrollo empecinado. Estas páginas epistolares son, al respecto, un vivo testimonio del crítico en sus esfuerzos por elevarse constantemente sobre los estrechos

2 Esta correspondencia fue editada recientemente por Adolfo Caicedo Palacios en su libro *Alfonso Reyes y los intelectuales colombianos: diálogo epistolar*. Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes, Bogotá, 2009. En la revista *Anthropos* N.º 226 (Barcelona, enero-marzo, 2010) dedicada a Rafael Gutiérrez Girardot, se trata el tema de la correspondencia con Alfonso Reyes entre 1952 y 1959.

límites inducidos por la cultura local colombiana, tras una esfera superior cosmopolita, en la que se van registrando los saldos negativos de la simulación y el dogmatismo de ese microcosmos abrumador de Colombia que es cualquiera de sus embajadas. La diplomacia criolla parece reconcentrar las perversiones corrientes del país en una forma aparentemente sofisticada. Las pequeñas intrigas, las mentiras vergonzosas, la cursilería rampante forman la radiografía íntima del mundo diplomático colombiano. “Esa maldad burocrática [...] Esta burocracia repugnante [...] Todo es engaño y tontería”, se rebela en una de sus cartas. Estas élites en su fantástico devenir llevan en la cabeza un país portátil y suponen que el universo debe ser semejante a su mezquindad parroquial. Así que exigen tener casas como en Colombia, conseguir sirvientas que hablen español y cobren barato, comprar muebles como los de “Valenzuela” y hasta buscan pañales, para sus criaturas, como los que fabrica Coltejer. Apenas el decorado pomposo desmiente el ilegítimo ejercicio del cargo en el exterior, con esos fantasmones y sus colas de validos que se pasean por el mundo cobrando exorbitantes sueldos a costa del desmirriado presupuesto nacional y en misiones inéditas que se traducen en inútiles tareas para su patria nativa. “Para ellos todo se reduce a protocolo, fiestas sociales, lo demás no existe y es banal. La burocracia es lo importante, la burocracia protocolaria: felicitaciones a fulano y a zutano, etc., etc.” (15.12.1957).

Es una deshonrosa tarea, en fin, tratar con esa fauna nacional compuesta por economistas, a los que les reserva una atención profética: si antes los poetas y oradores “nos sumieron en el sueño de la reacción, hoy van a ser los economistas jóvenes (hay unos cuatrocientos que ejercen su diletantismo en las oficinas de planeación, en los periódicos y en los ministerios) los que nos van a dejar un país hecho pedazos”; por militares que siempre han sido estúpidos y ahora son una “casta de simples uniformados”, con un tinte de antiyanquismo, aunque allí han sido “semiformados”, y por el clero que está completamente desorientado, que no sabe si modernizarse o seguir con su fanatismo de siempre (“Solo queda la inercia de la formalidad católica”). En estos ambientes los verbos que más se conjugan son “tener palancas”, “hacer combinaciones”. Cada delegación que caía de las nubes era un desgaste, el mismo estribillo, “un baño de colombiana”. Nuestros Estados, como escribe en 1963, merecen llamarse “Establos”. Hedberg siempre le agradece, a vuelta de correo, su “apasionante cotilleo social”.

Una de las tareas que se impone Gutiérrez Girardot como diplomático en Bonn, es la de despachar libros, que llegan allí procedentes de Colombia, para enriquecer la biblioteca del Instituto sueco. Esta labor minuciosa está consignada en casi cada pieza epistolar. Remite libros de interés histórico, lingüístico, literario. Desde sus primeras cartas se anuncia a Nils Hedberg el envío de un Cervantes, de un cierto libro de Ríos Patrón y *Peregrinación de Alpha* de Ancízar. Un par de meses después (17.4.1957) le ratifica: “Además hay una cantidad enorme de libros que tengo para ti, y siempre me digo que cuando te los envíe te escribo, pero los libros son tantos, que no sé cómo ni por dónde empezar a enviártelos”. Y luego de dos meses reitera (21.6.1957): “Y a propósito: hoy pongo en correo dos paquetes: un ejemplar de las obras completas de Bolívar, para la sección Colombia, y unos libros prometidos. Quedan todavía cinco mamotretos que te envío mañana”. Entre los muchos envíos están sus ejemplares de los libros de Borges, o más tarde los de Henríquez Ureña, así como el *Antijovio*, el *Diccionario* de Cuervo, el “Boletín de la Academia”, *Doctrinas internacionales* de Marco Fidel Suárez, la *Geografía económica* de Arango Cano, un libro no especificado de Tomás Carrasquilla, otro de un suizo sobre El Dorado, y de otros viajeros o algún libro alemán sobre Hispanoamérica. No falta la remisión de libros de poesía y “[...] cuatro discos de Carranza, de Greiff, Jorge Rojas y Jorge Zalamea Borda”, para contribuir, con el granito colombiano, a hacer la Biblioteca de Gotemburgo, lo que fue siempre para Gutiérrez Girardot la mejor colección bibliográfica latinoamericana de Europa. Para febrero de 1964, prosigue el incansable propósito: “Los libros para tu Institutico se siguen amontonando, y te vas a asustar de veras cuando lleguen los paquetes, que enviaré cuando se vayan estos caballeros (Arciniegas y Caballero Calderón), que me tienen agotado”. El sueco sabe agradecer “esa generosa mano y corazón” que nutre su biblioteca.

Pero es la organización y la participación en congresos y coloquios latinoamericanos la faz grata de la vida consular. El estímulo intelectual, la ocasión de huida y la oportunidad inusitada de relaciones provechosas se encuentran entre el discreto encanto diplomático para el crítico colombiano. Es mencionado un iberoamericano de sociología en 1961, y otro de literatura en septiembre 1962 en Berlín, organizado por el chileno-alemán Alberto Theile –director de la revista *Humboldt*–, que prometía mucho y luego fue un fiasco. Sugiere nombres “gordos” como Borges o Eduardo Mallea o Asturias, pero al final resultan otros. No obstante el intrigante Theile (“un

verdadero mediocre que se cree un genio”), Gutiérrez se reconcilia con las letras vivas del continente (20.10.1962):

Aparte de eso, soy ahora un más fervoroso amante de nuestras letras. Anderson Imbert, Arguedas, Escobar, Rosario Castellanos [...] me causaron la mejor impresión. Qué distintos de nuestra vieja generación, la de los Benjamines Carriones y demás basura. Muy sencillos, muy inteligentes, muy llenos de fuerza. Muy bueno todo, yo me sentí muy orgulloso de ser hispanoamericano, muy por encima de los españoles estamos y no tenemos que envidiar a los alemanes nada. Nuestra gente se movía con más sentido cosmopolita, sin arrogancia, con gran soltura.

De comparativo sabor agri dulce fue el Coloquio de literatura de Colonia, con apoyo del “tonto de Konetzke”, al que fueron invitados Asturias, Germán Arciniegas y Caballero Calderón, y al final se aplazó por la desorganización del connotado historiador. En octubre del 64 se registra otro Coloquio literario en Berlín,³ en el que no aparecieron algunos invitados importantes, pero al fin cayeron “entre otros el antipático de Ciro Alegría, Germán Arciniegas, Caballero Calderón, y las bombas Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges, Miguel Ángel Asturias, Augusto Roa Bastos, Julio R. Ribeyro”. En fin, una oportunidad de medir el estado vivo de nuestros hombres de letras y razón para ahondar en la herencia literaria latinoamericana.

Gotemburgo significó siempre para Gutiérrez una tierra idílica; en docenas de pasajes de esta correspondencia se oye el lamento de no vivir allí, en esa tierra encantada. Siempre que podía retornaba, solo o con su esposa Marliesse, física o mentalmente, a ese lugar mítico, cálido, construido con la nostalgia de su vida desesperante en Alemania. “Este Bonn es una cueva horrorosa [...] la universidad misérrima”, escribe en una carta, recién llegado; en otra reitera que allí en verano “el calor es húmedo, agobiador y me tiene hecho un pedazo de trapo, que no puede pasar tres horas sin una ducha fría”. Cuando no hay un calor sofocante, entonces está el invierno con su “frío de los diablos” que se le aferra a los huesos y le produce una gripa pertinaz que no lo abandona. Su deseo de aprender sueco, que finalmente no realizó, fue como una deuda espiritual con Suecia, con el Instituto, con Nils, a quien consideraba como el primer latinoamericanista de Europa y en quien encontró, como confidente, un *alter ego* de sus proyectos, espe-

3 Para este coloquio, registrado en extenso por la revista *Humboldt*, Gutiérrez contribuyó con la traducción de *El físico*, pieza teatral de Hildesheimer.

ranzas y frustraciones. “Sabes de sobra” –le escribe Gutiérrez, casi cinco años después de haber dejado Suecia (25.11.1960)– “que sería el hombre más feliz si pudiera vivir con el Institutico”, en un gesto epistolar afectivo que es reiterado, que no es arrebató sentimental, sino como nostalgia aplazada, reprimida. Le escribe jocosamente en diciembre del 63, a ocho años de su partida, que, como en la propaganda de Ford, puede decir: “Hay un Gotemburgo en mi futuro”.

Gutiérrez contaba a su favor con las expresiones suficientes de “altísimo aprecio” que se le dispensaba “en esta tu casa gotemburguesa” o, como le escribe una década después Hedberg, desabrochadamente, al invitarlo a dictar una conferencia: “Como la otra vez, te tendrás que contentar con el consabido catre”. Solo las vacaciones en Suecia parecían ser recreo espiritual, pausa, escape, hasta la última protesta de intención de trasladarse a ese rincón utópico de Escandinavia.

Nils Hedberg, acaso más que don Alfonso Reyes, fue confidente y paño de lágrimas; corresponsal y apoyo moral y destinatario de sus siempre inagotables ansias fáusticas. Casi más que en cualquier documento autobiográfico, en estas cartas se muestra Gutiérrez como el “hombre teórico”, en el sentido nietzscheano, a saber, la personificación de un Sócrates, con la ilusión e “inconcusa creencia de que, siguiendo el hilo de la causalidad, el pensar llega hasta los abismos más profundos del ser, y que el pensar es capaz no sólo de conocer, sino incluso de *corregir* el ser”.⁴

Un recorrido temático a través de la correspondencia

Gutiérrez Girardot llega a Gotemburgo como becario en 1955. El periódico *Göteborg Handels-och Sjöfartstidning* del 24 de agosto de ese año informa: “Como titular de la beca Elof Hansson y Torsten Odqvist para latinoamericanos en Suecia, con servicio de medio tiempo en el Instituto Iberoamericano de la Escuela de Altos Estudios Mercantiles en Gotemburgo para el año académico 1955-56, se ha nombrado al colombiano Sr. Rafael Gutiérrez Girardot, cuya llegada se prevé a Gotemburgo el 1 de setiembre”.⁵ El mismo diario el 12 de octubre presenta la foto del nuevo becario, y anota que el motivo de la estadía del latinoamericano “fue principalmente el libro del autor español [sic] Jorge Luis Borges sobre los movimientos literarios nórdicos que me animó de [sic] seguir investigando y preferiblemente poder

4 Nietzsche, F. *El nacimiento de la tragedia*. Alianza Editorial. Madrid, 2.

5 Recorte de prensa –con traducción del sueco– suministrado por la profesora Svensson.

vivir y estudiar en uno de los países nórdicos”. El 7 de noviembre hace presencia académica Gutiérrez, en un anuncio de dos pulgadas:

Conferencia colombiana. En la serie de conferencias gratis cada dos martes del Instituto Iberoamericano, el nuevo colaborador y becario Elof-Hansson-Torsten-Odqvist, Rafael Gutiérrez Girardot, Colombia, dará una conferencia pública en español el martes 8 de este mes a las 19 horas, sobre el autor mexicano y candidato para el Premio Nobel Alfonso Reyes, con el título: La imagen de América en Alfonso Reyes.

Finalmente, con ocasión de la fiesta de Navidad en la Sociedad Sueco-Hispano-Americana, se pone pie a una foto en que se capta a una pareja joven: “Esta pareja internacional también se veía en el torbellino del baile. Ella es alemana y se llama Marliese y él es de Colombia y se llama Rafael Gutiérrez. Se conocieron en la Universidad de Freiburg, donde ella estudiaba idiomas y él política social. Ahora es becario en Suecia y los dos se llaman Gutiérrez”.

La beca del colombiano, en efecto, había sido tramitada anteriormente por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, a mediados de 1955. El director del Instituto sueco anota que el candidato propuesto, “Sr. Rafael Gutiérrez Girardot”, “saldría indicadísimo para este puesto interino de colaborador hispanoamericano”. Tendría unos emolumentos de 700 coronas para el espacio de septiembre u octubre a mayo o junio del año siguiente, pues “a partir del 1 de agosto de 1956 la beca queda otra vez reservada a J. L. B.”, es decir, a Jorge Luis Borges.⁶ Pero, sorpresivamente, para mediados de enero del año siguiente (22.01.1956), Gutiérrez escribe, en papel membrete de la “Embajada de Colombia”, las vicisitudes y circunstancias en que se encuentra. Es decir, había tenido que declinar los meses restantes como becario en Suecia y se había ido a Madrid. Allí había sufrido un accidente de automóvil, que por fortuna no fue mortal. Con todo, parece que este breve lapso de pocos meses de relación con Hedberg había sido suficiente para entablar una amistad perdurable y firme.

Aparentemente es la demanda implícita que se hace Gutiérrez de exponer, en las piezas epistolares de los próximos tres años, su deuda intelectual del libro como contraprestación de ex becario y, sobre todo, la morosidad ejemplar, la lenta y fina elaboración de un producto crítico, al margen de la presión de la competencia académica. Este rasgo es preponderante, y él

6 Esta carta hace parte del Archivo Rafael Gutiérrez Girardot, remitido por su hija.

cobra más valor actual en medio de la voraz competición indiscriminada, americanizada, que confunde la ciencia con los bultos, cualquiera que sea la calidad del resultado impreso. La idea de la obra sobre Borges para el Instituto partió de Hedberg, como se lo anuncia al mismo Borges, en correspondencia (18.05.1956) en que promete que saldrán “dos libritos”, el del colombiano (“excelente muchacho”) y otra de Gustaf Fredén, autor de un ensayo sobre Calderón.

El tono en que le escribe el “excelente muchacho” al director del Instituto sueco, delata la cálida temperatura del diálogo epistolar:

De Madrid vine con la peor de las impresiones de que puede pensarse. Todo está allí hediondo a decadencia, corrupción, pereza. Los escritores son como los lobos, se tragan unos a otros. Y lo más gracioso es que ahora han descubierto los Estados Unidos y todo lo que diga Made in USA es bueno y moderno. Se sienten europeos, pero nunca he sentido con mayor radicalidad la diferencia entre Europa y España, que es algo menos que un mundo aparte de todos los mundos, en el que no vale ninguna ley, como no sea la de la arbitrariedad.

Con estas eufemísticas impresiones sobre España, repetía la plana escrita, por esos años a Alfonso Reyes, pero tal vez con mayor radicalidad y sinceridad, acaso por el hecho de la mayor confianza con “Mi querido Nils”. Y concluye esa imagen deteriorada, con líneas sin concesiones, que solo podrían ser aplicadas con justicia igualmente a su Colombia natal, y que en el fondo parecen sacadas de las cartas de Domingo F. Sarmiento sobre la capital del mundo hispánico, pero un siglo después:

Quedé francamente asombrado por el hondo descenso del nivel cultural español, pues el de hace tres años era un poquito menos bajo. Y claro que hay que morirse de la risa por la soberbia de los españoles que no saben nada de nada y creen que lo saben todo, y que creen que trabajo científico e inteligencia son bibliografía políglota y acopio ordenado de material. Hay que morirse de la risa de estas hormigas incapaces de construir nada duradero.

Un párrafo por medio, le promete al director del Instituto sueco tener listo, “a fines del mes”, su trabajo sobre Borges, aunque, sea dicho por adelantado, este tardará, por razones poco explicables, un tiempo indeterminado, de cuyo avance, en medio de sus actividades de agregado cultural de la Embajada, quedan las notas previas, gracias a esta correspondencia intensa, de una novela

sensacional sobre ese mundillo mezquino. “Del Borges me faltan diez páginas por pasar a máquina, y no he podido aún por el viaje, el accidente y el nuevo embajador”. Con todo lo enfático que parece en la promesa de entregar en breves días, luego de la posesión del embajador, el ensayo de Borges, deja deslizar, como disimuladamente, una ocasión para prorrogar por vez primera el plazo de entrega: en Madrid descubrió un libro de Borges que no tenía, *Manual de zoología fantástica*, que naturalmente es muy aprovechable por “las metáforas de Borges”.

En las siguientes cartas Gutiérrez Girardot muestra los tránsitos, la forma y la marcha de construir su libro de Borges; y ese es, en realidad, el tema central de la información y sus consideraciones críticas. El Borges se presenta al colombiano, que al parecer va a entregar un producto acabado pronto, como un abanico de expectativas, un libro abierto con múltiples significados y muchos interrogantes. Sabemos que, entre tanto, Gutiérrez venía de concluir su obra sobre Alfonso Reyes, que le había costado un ingente esfuerzo de asimilación y que, finalmente, había despertado en el maestro mexicano una complacencia sin reserva. Sin embargo, el de Borges se ofrecía más exigente; o el grado de consagración tomaba otros rumbos críticos. Mientras con el mexicano tuvo la ocasión y la osadía de comunicarse epistolarmente, y de automotivarse de este modo para proseguir la marcha de la interpretación de la “inteligencia americana” de Reyes, con Borges ese cálido simulacro de diálogo estaba, de antemano, clausurado. Borges era una incógnita abierta, la Esfinge meditativa en un Egipto del espíritu que precisaba un acercamiento de comparativa fascinación, pero de mayores presupuestos filosóficos y críticos para elaborar. La cara oculta del universo borgiano no se salvaba en la primera, ni en la segunda o tercera exploración... Hedberg, con todo, no desesperaba, pues ya había publicado el libro sobre Reyes en su Instituto, y con su experta mano lo había corregido (como consta en correspondencia suya de los meses de febrero y marzo de 1956).⁷

“Desde que me bato a duelo con la refutación del tiempo que hace Borges se me pasa el tiempo sin darme cuenta”, le escribe a su “querido Nils”, casi quince meses después, el 13 de marzo de 1957. La aparente intemporalidad había arrancado al diplomático Gutiérrez de su compromiso académico con el Instituto, pero una excusa era siempre oportuna y eficaz. Pide un ejemplar de *El Aleph* a Hedberg, además de una cierta revista especializada que contiene “un artículo de una señora Barrenechea sobre

7 De la correspondencia de Hedberg (27.2.1956), tomado del Archivo personal de Rafael Gutiérrez Girardot.

Borges y el lenguaje”. Informa que ha conseguido en Buenos Aires un libro sobre Borges, de “un tal Tamayo y Ruíz [sic] Díaz”, que está escrito en estilo borgiano, de modo que parece un ensayo de Borges sobre Borges. De estos libros se deduce el ambiente intelectual de Buenos Aires que debe ser más detestable que el de Bogotá, donde todos se creen humanistas, pero no ostentan falsos conocimientos de Gide, Malraux, Eliot. Es la herencia de Ortega, comenta Gutiérrez, en la que todo camarero se siente compadre de Aristóteles. Ningún libro, ni siquiera el “ladrillesco estudio sobre las fuentes de Borges” de María Rosa Lida, le ha servido positivamente. Al mes siguiente, para el 17 de abril, entre chismes de diverso calibre, culmina la carta con nota manuscrita: “El Borges va quedando muy bien. Lo he revisado ya tres veces, lo he corregido mucho. Y ahora le voy a dar la última versión aprovechando su libro *Los orilleros* (un film)”.

Para finales de junio, luego del laberinto de sucesos que rodearon la caída del general Rojas y que no afecta para nada su posición diplomática, Gutiérrez le asegura: “Mi Borges lo tengo terminado, me ha [sic] salido unas 85 a 90 páginas, quizá, con unas adiciones que quiero hacerle, unas cien. Me falta revisar *El Aleph*, que tú posees”. Además precisa revisar la revista especializada con el artículo de Barrenechea. Reitera que ningún libro sobre Borges vale la pena citar o poner su bibliografía, pues de todos modos a sus autores los conocen solo en algún bar bonaerense y no dicen nada para Hispanoamérica. Suprime, por lo demás, toda alusión polémica contra Amado Alonso, Giménez Pastor y Ernesto Sábato, por innecesaria.

Le anuncia el contenido de su contribución, que además es una nota de su procedimiento crítico:

Todo esto va en la Introducción, y el resto de trabajo lo dediqué al estudio “sachlich”, como dirían los hunos, de la obra y del estilo, dividiéndolo en motivos (laberintos, espejos, posibilidades) y en análisis estilísticos de trozos representativos (El truco), de poemas (La noche cíclica), un estudio del vocabulario y la sintaxis de Borges desde El idioma de los argentinos hasta *Otras inquisiciones*. Hice un pequeño capitulito en esta parte sobre *Los orilleros*, que es un guión cinematográfico de Borges, escrito en compañía de Bioy Casares. Renuncié a hacer un capitulito sobre las fuentes de Borges, porque me parece innecesario y fuera de lugar, ponerse a buscar de dónde ha sacado Borges esta idea y esta otra. En vez de esto que hasta ya había adelantado bastante, comienzo la segunda parte con un análisis del cuento *Los teólogos*, para entrar, digamos, en la parte ideológica, y establecer la correspondencia del tema con alguno de sus

ensayos. Luego va la reseña y el análisis de la Biblioteca de Babilonia y su correspondencia con la Historia de la eternidad, y así hasta mostrar la idea central que se repite, de diversa manera, en casi todos los trabajos de Borges. Y en esto desemboca en la parte que me ha tenido cavilando, escribiendo, reescribiendo: la cosa de la repetición, es decir, su irónica interpretación de la teoría del tiempo cíclico. Me ha hecho cavilar, porque me pareció muy especulativo y atrevido afirmar que esta interpretación en Borges es la que da unidad a todo su estilo y a toda su obra. En cada libro se repiten los temas y los motivos, y en toda su obra igualmente. Hay repetición consciente de procedimientos estilísticos, de palabras muy propias de Borges, etc. Aquí hice un paréntesis sobre el tema de la Ironía en Borges, que de acuerdo con la ironía en Nietzsche (la fuente más segura, pues Borges lo cita y hasta se burla de él) consiste en una especie de negación. En Borges esta negación es la “refutación del tiempo”, como aparece en su narración *Funes el memorioso*, en su refutación de la teoría cíclica del tiempo, y en su ensayo sobre *Refutación del tiempo*. Esta parte no me deja muy satisfecho, pues yo he querido demostrar esta idea con la certeza de los textos, valiéndome de los procedimientos estilísticos, que aclaran los pensamientos de Borges, y valiéndome de los pensamientos que aclaran los procedimientos estilísticos, en “círculo vicioso”, y en reciprocidad. Para rematar esto quisiera revisar *Los teólogos*, que está en *El Aleph*, y tú posees.

Luego aclara el alcance de su trabajo, pues hay que obrar jurídicamente, probándolo todo, porque de otro modo se desvirtúa y su efecto será nulo, entre los partidarios acérrimos y los críticos feroces del argentino: “Yo me doy mucho cuidado en este Borges, porque será el primer estudio con pretensiones que se hace, sin especulaciones absurdas sobre budismos y demás, sin elogio desmedido, y procuro hacerlo con toda la medida”.

A mediados de noviembre del 57, reitera la promesa de tener el libro listo: “Le quité el metafísico y el moralista y quedó el subtítulo: un ensayo de interpretación”. Insiste en que requiere bibliografía complementaria y que tiene ya 130 páginas escritas. Para 15.02.1958, no sin antes desbordar su impaciencia en largas parrafadas por la insufrible condición consular, le reitera por enésima vez que pasa, “en los tiempos libres”, su Borges en casa. Desmiente el rumor de la muerte de Borges pero dice que acaba de aparecer un nuevo libro, *Bestiario*, que no puede conseguir ni tomar en cuenta para que no se convierta esto en “una colcha de retazos”. La primavera del año 58 le devuelve el buen humor y promete burlarse del “pobre Sábado”, que lo mencionará en nota extra y como apéndice de “los diversos juicios insensatos

sobre Borges”. El 5 de mayo de ese mismo año, el día de su cumpleaños, Gutiérrez sostiene que su libro le quedó “redondo y muy bien” y que “entre versión y versión” hay notables diferencias. Solo falta tomar un dato sobre una novela, “llena de españoladas”, de Cansinos-Assens: “Es terrible escribir un trabajo sobre un irónico como Borges, pues te amenaza siempre la idea de que algo que tú dirías sin más sobre alguna persona, visto con los ojos de un tipo como Borges, quedará más o menos aniquilado”. “Espero que la próxima”, vuelve a despedirse con la inusitada promesa, “—muy pronto— será la que te acompaña el manuscrito de Borges”.

Solo cuatro días más tarde, el 24 de mayo, confirma la relectura del manifiesto dadaísta de Cansinos-Assens, y manifiesta su intención de contraerse básicamente a la bibliografía de Borges en libros y considerar la literatura crítica de Borges en forma selecta, pues aparte de “los trabajos de Paul Bénichou, Lida y R. Monegal, y naturalmente Tamayo”, lo demás “es pura letanía y basura”. El 11 de junio arguye la interrupción del manuscrito del opus colonés, porque debe visitar “fábricas de cemento en concreto”. Pero si las excusas de la demora siempre están envueltas en quejas y anécdotas picantes, el ápice de esta mezcla de protestas y promesas con su jocosidad expresa abre la carta fechada el 13 de marzo de 1959: “No me vayas a matar cuando pases por aquí, porque la demora en el envío de mi mamotreto no se debe a que no lo haya terminado de copiar, pues está ya más que listo, sino porque he tenido el proyecto de enviártelo con Marliesse”. Y punto seguido, viene la parábola: “En realidad, desde el 3 de marzo estamos esperando la llegada de mi sueldo para que ella tome el tren a Gotemburgo y te entregue personalmente el Borges”. Si no llega el sueldo a tiempo, entonces, con el dolor del alma y el de Marliesse, que tiene la ilusión de pasar sus vacaciones allí, lo enviará por correo. “Bien, hay que tener paciencia con Locombia”. En realidad, como lo informa veinte días después, el sueldo no llegó, “locombianamente”, la esposa no viajó, como deseaba, y el envío se embolata una vez más. Luego de tres años largos, Gutiérrez Girardot sentencia sin temblarle el pulso: “No quise pulirlo más, ni agregar más cosas, pues no hubiera acabado nunca. Así que lo dejo como está”. Al largo colofón de cierre se imponía revisar lo revisado, ya reescrito, recortado, corregido, como en un juego borgiano de espejos y laberintos, donde al final no cabía dejar huella del principio, y viceversa. “Lo importante es que sea decoroso. Que es algo nuevo, es cosa segura”. Y da variación a su percepción del fondo argumentativo sobre la ironía:

Nadie se ha fijado en la ironía, nadie ha analizado el ensayo. Y aunque mis tesis son parciales, ¿quién es objetivo en realidad? Borges es tremendamente difícil de analizar y de estudiar, y sobre todo su inmensa riqueza intelectual y estilística. Creo haberme fijado en lo esencial. Algunos temas apenas los insinúo. Otros, que han sido tratados en otros libros, apenas los toco.

Al fin el 24 de marzo del año 59, sin mayores protocolos, dice Gutiérrez a su “querido” y singularmente paciente Nils, que espera haya gustado “mi Borges”, y Hedberg manifiesta el 7 de abril “las muy sinceras gracias por tan decorosa aportación”. Pero manifiesta, en seguida, algunos reparos por la crítica al “pobre Ríos Padrón –por mucha razón que tengas”. En pocas palabras, se inicia la segunda aventura, de un inusual interés, por las correcciones, censuras y modificaciones que demanda el Borges gutierreziano; por obra de la diplomacia y, sobre todo, a cuenta de las autoridades madrileñas, embebidas de franquismo recalcitrante. Estos incidentes, que llevan a duros reclamos por parte del autor, a implacables tijeretazos del tribunal inquisitorial ad hoc, y a la mediación mesurada del director del Instituto sueco, con el fin de que todo se solucione, si no de la manera más conveniente, sí del modo en que las circunstancias lo imponen.

No cabe registrar los pormenores de la odisea paralela de la publicación de *Borges: una interpretación* (1959), pero sí asegurar que la intensidad de la correspondencia y el tono airado de Gutiérrez por la intromisión de la censura española lo llevó a “consideraciones intempestivas” sobre la penosa situación de vida española, que solo el temple moderado del profesor Hedberg lidió en forma diestra y oportuna. Pero, sobre todo, Gutiérrez da la autoridad y potestad a Hedberg para que revise todo y le dé las indicaciones al principiante de escritor que tiene “una barbaridad que aprender, y ante todo mi gran defecto de la desmesura debo dominarlo”. Cuando en quince años lo nombren embajador en Suecia, le dará, puntualiza, “algo menos belicoso”.

Lo importante era evitar todo comentario que se pudiera interpretar como insulto a España, pues era en Madrid, no en México, como se había pensado inicialmente, donde se publicaría el libro en asocio con editorial Ínsula. Borrar referencias explícitas a Dámaso Alonso, y solo insinuar al “poeta profesor”, era la imposición: del “Damasito” y del “Unamuno chillón” nada o, mejor, suavizar toda referencia. Pero debe haber límites para desviar los truenos, porque “si me los trago me hacen daño y terminan

por aniquilarme el estómago”, implora el suramericano para principios de septiembre. Sin embargo, el punto central era no ofender a Ortega y Gasset. Había que aplicar el arte del disimulo para que en la insinuación quedara, si no todo dicho, al menos no todo callado. Tienes, le escribe Gutiérrez a Hedberg, la potestad de suprimir, si parece algo inconveniente, “a enterrar toda la parte contra Unamuno”. La crítica a Sábato debe ser igualmente morigerada, al punto que no sea ya crítica. Aunque tampoco elogio. Y, para ceder a las imposiciones, habría que reconocer que “los otros siempre tienen razón”:

Los otros son siempre los españoles. La categoría del otro (aquí repito a Ortega) solo existe en España. El otro o los otros son siempre: los que saben casi todo. Ortega es otro, Dámaso otro otro (los alemanes llaman a Dios el Otro) y por eso es comprensible que un pueblo como el español esté lleno de Otros (Dioses y devociones). Bien. Viva España.

Es la carta del 9 de octubre del 59 en la cual se despliega la furia contenida del “bárbaro suramericano” contra la censura eclesiástica. El nivel de cretinismo exhibido, al intervenir el texto, ofrece la ocasión no solo de una corroboración sino de algo más contundente, a saber, de un rechazo indignado. Nadie puede pedir del cretino sino cretinadas. Con todo, el daño está perpetrado. El texto parecerá mutilado en ciertos pasajes, se consuela al fin con su propia reflexión, y el lector sabrá entender que ciertos pasajes oscuros o inexplicables se deben a la tijera ortodoxa solícita a mutilar todo lo referente contra la cultura católica española. Pero si nada cabe hacer, hay que armarse de modestia al paso. “Mi Borges no es cosa fundamental, ni siquiera accesoria en la vida de nuestros pueblos, y no hay que hacer tantas danzas por él”. Solo se hacen soportables los recortes y enmiendas si la mano maestra de Nils ha sabido combinar el descaro impositivo español con la cordura escandinava (“hereje, demoníaca”): “creo que vale la pena cerrar el capítulo de Borges y esperar hasta que los insularios acaben de concluirlo ‘objetivándolo’ [...] en letras de molde imperecedero (ya que nos referimos a la Madre Patria y hay que hablar en esos términos laudatorios)”. Resignado, luego del proceso traumático de haber experimentado en carne propia la censura española, a principios de noviembre Gutiérrez escribe a Nils: “No creo que valga la pena escribir artículo alguno sobre el asunto. Es muy pequeño todo. Y no tiene sentido”. Solo que, para sacarse el clavo peninsular, cabe no olvidar que para constancia se borró alguna

cita de un cuento de Borges y otra de su maestro de Friburgo, el romanista Hugo Friedrich.

14.24.3.58
Borm, 14, 3, 58
Borm, 14, 3, 58

R66 126

Mi querido Nils:

mil gracias por tu carta y por el envío de los ejemplares de mi Alfonso Reyes. Efectivamente, nosotros no sabemos cuándo podremos viajar a Gotemburgo, aunque es uno de mis más grandes deseos. Pero con paciencia ya llegaremos a pasar unos cuantos días. El embajador ha vuelto ya de su viaje a Colombia, y no traigo muy buenas noticias, si se exceptúa una por la cual yo le quedo especialmente agradecido: que me ha salvado de que me devolvieran a Bogotá, cuando yo estaba ya incluido en el decreto. Eso es ya mucho.

Tengo en mi escritorio de Colonia el eterno paquete o paquetes de libros: uno sobre Cortés, que ha aparecido en una colección alemana, una joya bibliográfica que verás cuando te lleguen los tomos, y que le prestará un gran servicio a D. Sverker Arnoldsson, y otros más. Le aseguro que en la próxima semana en que ya dispondré de más tiempo y libertad de movimientos podré ponerlos al correo.

El N.º de la Revista Bolívar no lo he visto. Como es evidente, la embajada no recibe esas joyas. Pero me interesa pues en mi trabajo hago una burla del pobre Sábato. Yo he pedido al Ministerio de Bogotá el envío de esos ejemplares. De todos modos, ese trabajo podré mencionarlo sólo en una nota extra o como apéndice de la nota en la que cito los diversos juicios insensatos sobre Borges que corren en la literatura hispanoamericana. Ahora en esta semana he solicitado mis vacaciones, para poder descansar verdaderamente de la terrible levanta temprana, del viaje diario en tren y para poder poder estos trabajos en orden, para pasar a máquina lo que está a medio pasar. Unas verdaderas vacaciones sin viaje, pero es necesario hacerlo. El viaje lo dejo para otra ocasión.

Sabes que el cardenal de Bogotá ha atacado violentamente a Laureano Gómez? Los asnos se dan coces entre sí, ya era tiempo.

Y ahora te voy a molestar: el Prof. Enrique Gómez Arboleya acaba de publicar un trabajo sobre Historia y Estructura del pensamiento social. Es un primer tomo. Para hacer el segundo necesita una licencia con sueldo de la Universidad. El tribunal que concede esas licencias es del Opus dei y en él tienen influencia los nuevos amos del Instituto de Cultura Hispánica (que están organizando peregrinaciones a México en honor de la inmaculada concepción) y de todos esos institutos. Es decir, que él no cuenta con otro apoyo sino el de sus discípulos y amigos. Si el libro tiene algún eco en la prensa, es ese un punto favorable. Quizá D. Sverker Arnoldsson estuviera en disposición de hacer una nota breve para un periódico de Gotemburgo, así que esto ayudaría. Yo le he dado la dirección de D. Sverker, abusando de su bondad. Si tú pudieras ponerle el caso, sería magnífico. El recorte me lo podrías mandar a mí o a él, es decir, en el caso de que la noticia sobre el libro fuera posible.

A veces pienso que si yo tuviera dinero suficiente me gustaría ir a pedirte otra vez que me dejaras en el Instituto. La vida de diplomata es poco agradable. Pero hay que seguir adelante. Tengo la esperanza de poder leer mi tesis en octubre, y en ese caso ya tengo un medio de defenderme con independencia de mi gobierno. Es lo mejor del mundo.

Bien mi querido Nils. Por hoy dejo aquí. Muchos abrazos de Marliese y Martella para todos y para ti un gran abrazo de tu viejo amigo,

Rafael

De esta manera los dos episodios mayúsculos de la escritura del libro sobre Borges y su publicación solo esperaban, impacientemente, el tercero y decisivo que era el de su recepción o rechazo por el mundo intelectual. A la realidad de la elaboración, se sigue la fase onírica que abre el tercer episodio (15.2.1960):

Por lo demás he soñado alguna noche en Gotemburgo, especialmente en Borges. Estábamos en la sala de la Biblioteca mexicana, y en este momento llegaron los ejemplares de Madrid, pero muy chiquitos. Los miramos, y nos pareció que eso de los puntos suspensivos era muy feo, porque en cada página sin excepción había por lo menos diez líneas. En vista de esto pasamos a tu oficina a deliberar, y resolvimos suprimir los puntos suspensivos, de modo que el Borges quedó más pequeño aun, pues no solo disminuyó de páginas sino de largo y ancho. Y al fin quedó solo el título. En vista de eso decidimos escribir a Madrid y decidir que no incluyeran los puntos suspensivos, pero ya era muy tarde así que empezaron a llegar a montones los ejemplares del Borges, y nosotros no dábamos abasto con las manos para colocarlos en la biblioteca.

El sueño borgiano, se tornó luego en una ocasión de darle ruido a su obra ya que se acababa de traducir una selección de Borges al alemán, con el título *Laberintos*: “después de todo soy hispano y tengo una gran vanidad”. Tiene confianza en que su Borges gustará, pese a las mutilaciones de la censura y las enmiendas forzosas y aun imperceptibles de Hedberg.

Solo a finales de abril expresa sus sentimientos abiertamente: “El librito salió estupendo y hay que felicitar nuevamente a Ínsula por la bella edición. Estoy muy satisfecho con él, pero lo importante es saber lo que piensa el sacrificado Borges, a quien he llevado yo a la hoguera, por así decir, de mis reflexiones”. Se abría, de este modo, ese otro camino incierto, el de qué piensa la gente, el aludido, el insinuado, el sacrificado... Friedrich ha hecho comentarios elogiosos a su libro como algunos amigos, pero hay que cuidarse de su bondad y condescendencia. La esposa de Sábato mostró su disgusto por el comentario alusivo a “sus imbecilidades”. También quedaba el consuelo que el “Borgesito mío” haya sido, conforme se lo manifestó en el Coloquio latino-alemán de literatura de Berlín en 1962 Anderson Imbert, bien recibido por los hispanistas de Estados Unidos.

El encuentro con Borges fue el colofón inevitable de su fervorosa ocupación crítica, que tuvo lugar cinco años después de su libro. La primera

menCIÓN la hace a principios de octubre de 1964, cuando se encuentran en un coloquio en Berlín. Es difícil en estos casos, comenta, poder conversar detenidamente: “Hablamos naturalmente de Suecia y yo le dije que por qué no hacía una visita a tu institutico [...] Borges saltó de felicidad cuando le sugerí la idea [...] Y porque como él ama a Suecia tanto como yo, era inevitable que yo le dijera las bellezas de ese país y del Institutico y de la gente como tú”. En la carta siguiente, del 10 de octubre, Gutiérrez continúa la crónica de las impresiones personales de su maestro:

Borges es también modesto, tímido como un niño, se sonroja cuando le hablan de sus cosas [...] Borges me ha conmovido enormemente. Nunca le hablé de lo que he escrito sobre él, que es bastante. No sé si sabrá quién soy yo, un ciego como él, que vive encerrado en la mitología escandinava, en sus laberintos, en un mundo fantástico, que para él es real, no conoce a la gente, me parece, no es de este universo nuestro.

Y a continuación explica o ratifica lo que se dice o rumora de él: “Su órgano de comunicación con la realidad es o su madre o en este momento su secretaria, y él reacciona de acuerdo con la persona que lo acompaña, es decir, si su madre es altiva, él sigue ese camino, si su secretaria es más de mundo y generosa, él es entonces así”. El colombiano desea ejemplificar la situación de Borges, con el “soneto magnífico” sobre Spinoza, “que te adjunto y que me dictó una ocasión en Berlín”:

Spinoza

*Las translúcidas manos del judío
labran en la penumbra los cristales
y la tarde que muere es miedo y frío.
(Las tardes a las tardes son iguales).*

*Las manos y el espacio de Jacinto
que palidecen el confín del gueto,
casi no existen para el hombre quieto
que está soñando un claro laberinto.*

*No lo turba la gloria, ese reflejo
de sueños en el sueño de otro espejo,
ni el temeroso amor de las doncellas.*

*Libre de la metáfora y el mito
labra un arduo cristal: el infinito
mapa de Aquel que es todas Sus estrellas.*

Jorge Luis Borges⁸

Si Borges ocupa un espacio preponderante en esta correspondencia, el lugar de Pedro Henríquez Ureña se hace cada vez más relevante en las preocupaciones críticas del diplomático-crítico colombiano. Con su ocupación en Henríquez Ureña se cierran “los años de aprendizaje” y así completa su trilogía Reyes-Borges-Henríquez Ureña. Pero a esta situación llega por un recorrido insospechado (y nunca público): su discrecional alejamiento de Reyes. En ocasión de un artículo para *Merkur*, la prestante revista alemana fundada en 1947 con la consigna de ser un órgano “crítico, escéptico y sarcástico”, Gutiérrez acepta que la “prosa simpática, pero en ocasiones vacía de Don Alfonso” no corresponde a la exigencia de la hora. Por el contrario:

Lo que me ha estimulado es don Pedro [...] Por el momento, ando espulgando sus ensayos juveniles en busca de su ‘teoría literaria’, que es lo que me parece interesante de él y que es lo menos apreciado. Todo el mundo se admira ante su saber filológico, pero nadie repara por lo general en que sus juicios y sus ensayos suponen una concepción de la crítica literaria que ahora, después de que los spitzers y damasos alonsos se han desacreditado, vuelve a ser revalorada con entusiasmo.

Su interés por el crítico dominicano rompe las barreras de la discreción, y anuncia una nueva obra (que sepamos nunca se publicó): “Mi Henríquez Ureña que es mi ocupación intelectual única, tendrá unas 100 a 120 páginas”. Repite más tarde su intención de enviarle el manuscrito, quince meses después, en abril de 1963: “El título sigue siendo el mismo: Pedro H. U. –Teoría y práctica de la teoría literaria. Calculo unas 100 páginas, como el Borges. Sin puyas, sin alusiones desagradables a la censura”. Para el 27 de marzo del 64, especifica lacónicamente su contenido:

Mi don Pedro no lo retocaré más, ahora estoy en el verso puro, ya hice el elogio de la ilustración y el racionalismo, interpolé citas de Voltaire y de

8 Esta versión es levemente modificada o diferente del soneto del libro *El otro, el mismo* (1964) y que se reedita en *Obras Completas II*. Emecé. Buenos Aires-Bogotá, 2007. Solo cambia la ortografía de Guetto, y ‘fama’ por ‘gloria’.

Diderot, le hice una venia reticente, pero de homenaje a don Marcelino Menéndez y Pelayo, etc., etc. de modo que puedes dejar el título en prensa. Es un estímulo o mejor un motor más para darle término.

Siete meses después insiste: “he dado toques a don Pedro. Te lo llevaré en febrero”. Finalmente en agosto del 65 otra línea medio perdida: “y ahora hago unas pausas para meterle la mano a don Pedro”. Pero Hedberg y el lector están ya acostumbrados a estas largas.

La circunstancia latinoamericana, en su conjunto, política, social, literaria, pasa en rápidos trazos por este epistolario. Los nombres de figuras de primer orden delatan la intensa y creciente ola: América Latina se pone súbitamente de moda en la Alemania adenaueriana. El caldero político del continente hierve a los pies de sus dirigentes impúdicos y se espera un gran remezón, para que al fin empecemos a pensar, “inteligentemente”, por cuenta propia. La revolución cubana emerge como de la nada al panorama mundial cercado de dogmatismos, y el diplomático, conservador nominal, pero inclasificable en los patrones exigidos de la Guerra Fría, comenta (8.7.1960): “Aunque el tal Fidel Castro hubiera podido aprovechar la más bella oportunidad para dar el ejemplo de una cierta actitud independiente y de tú a tú ante los USA, a pesar de que desperdició esa oportunidad”, no se entiende que “la clase submedia latinoamericana” siga confiando en este anticipo de un nuevo “Trujillo” (por “el culto a sí mismo”). Este nuevo personalismo mata las esperanzas: “Es lástima, porque se hubiera podido poner esperanzas en su altivez, en un continente de serviles políticos”. Entre tanto, la vida del Chile de Frey, o la Argentina postperonista (si algún día deja de serlo), solo puede encontrar su peor estafa en su nativa Locombia. “Ya habrás sabido que en Colombia la gente se molestó porque el presidente Rojas violó demasiado la Constitución. Y ahora lo tenemos en un paradisiaco exilio, con 15 millones de dólares y 139 maletas, según informa un diario alemán” (20.5.1957). Su comentario de mediados del 61 sigue como dictado por la prensa de hoy, medio siglo después:

Sabrás sin duda que la situación política hispanoamericana está más que interesante. Frondizi y Quadros han resultado inteligentes e independientes, mientras que nuestro pobre Lleras se pone al servicio del Departamento de Estado, y así el Ministro Turbay ha viajado a Buenos Aires y Río para ver si convence a los Jefes de que no emprendan política hispanoamericana sino que apoyen la Alianza por el progreso...!!!

El estudio del pensamiento marxista latinoamericano atrae a Gutiérrez, aunque pasajeramente, pues, pese a su relevancia, se imponen dificultades en la adquisición de fuentes. “Pero de todos modos no deja de ser interesante el tema porque en nuestros países se conoce un marxismo muy vago que ha producido entre los marxistas inteligentes una heterodoxia digna de toda atención”. No solo no se conoce a un Marx de primera mano, escribirá en múltiples ocasiones, sino que, en la mayoría de ocasiones, está filtrado por el leninismo, o sea, el marxismo soviético que es una versión escolástica y pétrea-dogmática de Marx. Aparte de ello, tangencialmente, menciona un libro que publicó Haya de la Torre: “lo vi. Muy malo. Haya debe ser un magnífico orador y conferenciante, y un pésimo escritor” (17.4.1957). O habla de una cierta conferencia de poetas de América y España en febrero de 1964 (José Ángel Valente, Ernesto Mejía Sánchez, Jorge Gaitán Durán, Alberto Girri y Héctor A. Murena) o se refiere a la ocasión en que conoció a José Luis Romero, en el Coloquio del Columbianum en Génova en febrero de 1964. Como Borges o Mallea, comenta, los argentinos son cordiales, llenos de sencillez, seriedad. Cintio Vitier y Fernández Retamar, muy cordiales, excelentes. Ciro Alegría, lamentable. Y un comentario literario que debe subrayarse para las letras antioqueñas, y que anuncia sus apreciaciones justas sobre el hijo de Santo Domingo:

Para no ser demasiado ‘foráneo’, como dirán mis compatriotas, me he dedicado de lleno a mi compatriota Tomás Carrasquilla, sobre quien solo hay un libro bastante flojo [¿se referirá al de Kurt Levy?], y quien, ahora que lo he leído, Don Tomás digo, me parece uno de los grandes prosistas de nuestra lengua, y además como novelista de la región hispanoamericana, una grandiosa revelación como formador de caracteres. No conozco una novela en la que haya, tan bien dibujados psicológicamente, los diversos tipos de la sociedad hispanoamericana. Te imaginarás mi entusiasmo cuando lo propuse a Insel Verlag para que lo traduzcan al alemán (08.07.1960).⁹

Por último, y no puede faltar como apartado obligatorio, está el recurrente tema hispánico, el catolicismo español, que es esencia y sustancia de nuestra cultura dogmática. Es nuestro mundo católico, “en un mundo en que no tiene lugar para el catolicismo, como es el actual, y en nuestros países donde la religión constituye un factor reaccionario de lucha por el

⁹ La Insel Verlag es una prestante editorial alemana especializada en literatura universal. Ha publicado famosas ediciones de Goethe. También a Heinrich Heine, Hölderlin y Von Kleist.

dinero y por el poder político”. Sus referencias picantes contra el gran simulador Ortega y el gritón de Unamuno salpican allí y allá. También de ello le cae algo a Lorca que “es la moda, la atracción, la locura en estos países” (13.03.1957). Pero también España es su vieja literatura, en toda la carga pesada de autos sacramentales y obras piadosas. Solo el barroco, y del barroco español solo Quevedo lo atrae con todos sus claroscuros:

Leyendo a Quevedo, *El Buscón*, y trabajando en la embajada –qué combinación– se me ha ocurrido un tema interesante, que valdría sugerirle a Fredén, me parecería, para un libro de la serie del Instituto: Don Pablos, Tristram Shandy y Roquairol. Cuando yo termine mi tesis trabajaré en los tres o paralelamente voy a hacerlo [...] Me parece que nadie ha hecho hasta ahora nada semejante, y es que a Quevedo no lo han descubierto los extranjeros, en comparación con otros españoles. Y los españoles lo rebajan a autor festivo.

Y de mayor interés el comentario de principios de 1959:

Y mejor sigo con Quevedo, que es endemoniado por la falta de ediciones críticas y de bibliografía secundaria más o menos utilizable. Nadie [sic] hasta hoy en España se le ha ocurrido hacer un estudio sobre Quevedo y Justo Lipsio, cuando sería lo primero que habría que estudiar en Quevedo, y naturalmente sobre Quevedo y Francisco de Sales hay lo de R. Lida. De modo que todo trabajo para Quevedo hay que hacerlo doble. La bibliografía quevediana en España está llena de senequismos, pero nada de importancia, y sobre el tema Quevedo-Lisio faltan todos los adláteres, y sus polémicas contra Stephanus y los Escalígeros (otra cosa de Lida sobre los mismos es sólo alusión).

Madrid, su segunda patria chica, ha perdido todo encanto, cada vez se le hace menos soportable, hasta su desfiguramiento total. La corrupción material y espiritual de España le parece cada vez más manifiesta, a consecuencia de la europeización y americanización forzada y forzosa “que no entra por el camino real sino por los traspatios sucios” (12.12.1961):

De España contraje la peor impresión. La vida intelectual es amarga, dura, llena de desconfianza y de un nivel que casi casi debe llegar al de Honduras. Además Madrid ha crecido horriblemente, hay más gente, más coches, más polvo, más gasolina, más malos olores. Se acabó la tertulia, pues por la desconfianza y la lejanía de todo no hay dónde ni cómo ni nada para reunirse.

Retrospectiva sobre el género epistolar

Las cartas representan en la historia literaria europea, particularmente del centro de Europa, fuentes primordiales de la vida intelectual y literaria, y el material es apreciado, por su expresión estética, como literatura. Por el contenido emocional de las cartas, se las cataloga, dentro de la heurística, como fuentes subjetivas y su valor se determina críticamente tanto por la calidad y posición del emisor como por el emisario más o menos privilegiado. En cuanto documento literario y al mismo tiempo literatura, las cartas conservan un registro vívido de su presente, una manifestación emotiva e informativa de un estado de cosas, una exposición del “alma” del escritor, en una forma y medida que comparte, con sus rasgos diferenciales, con la literatura de diarios y la autobiografía, en la vida literaria desde la Ilustración y sobre todo a partir del romanticismo.

El género epistolar fue cultivado por la Ilustración como instrumento crítico y reflexivo. *Las cartas filosóficas* de Voltaire o las *Cartas persas* de Montesquieu son ejemplos por antonomasia de un género de divulgación filosófica ilustrada que en estos casos contenía una decisiva crítica de las costumbres nacionales. Casi ignorado por nosotros, pero de gran importancia, es el legado epistolar del danés ilustrado y masón Friedrich Münter,¹⁰ que se compone de cerca de 10.000 cartas recibidas o enviadas por él. Su nombre se asocia al legendario viajero Carsten Niebuhr y a su interés por las ciencias naturales y la arqueología.

De otra naturaleza son las obras que, bajo la denominación de novelas epistolares, como *Pamela* de Richardson, *La nueva Eloisa* de Rousseau y, sobre todo, el *Werther* de Goethe, conmovieron la Europa del siglo XVIII, y cuya insignia puede tomarse de las palabras del torturado joven creado bajo el influjo del *Sturm und Drang*: “Mi corazón es mío en mí”. Esta predisposición al *pathos* amoroso, esta inclinación a verter mares de lágrimas por la desdicha de un amor solitario y no correspondido, que en el caso extremo opta por el anticristiano suicidio, logra su clave ficcional mediante el recurso de las cartas que son como una operación de corazón abierto ante el absorto y estupefacto lector. La carta habla al lector sin la intervención convencional del narrador, y de este modo ella intensifica una relación de tú a tú, que parecía desconocida en esta medida. El yo lacerado o, al menos,

10 Cfr. Edith Rosenstrauch-Königsberg *Freimaurer, Illuminist, Weltbürger*. Reimar Hobbin Verlag. Essen, 1987.

el yo en todos sus laberintos de afectos y reflexiones, se expresa, como secretamente, a un público sensibilizado por las consignas rousseauianas de la igualdad natural de los hombres. Este redescubrimiento de la subjetividad adormecida, si se quiere, esta nueva versión de un evangelio de los afectos y la sensualidad revisitada, es el marco propicio y propio en que el género epistolar cobra una razón de ser y una especificidad que se cultiva con una intensidad paradigmática en la generación del Goethe-Zeit. La correspondencia de Goethe y Schiller, paradigmática, aunque lejos de ser exclusiva, es una porción de literatura, de intensa carga subjetiva, cuyo volumen de más de mil piezas epistolares desde el 13 de junio de 1794 hasta el 26 de abril de 1805, es uno de sus rasgos más conocidos.¹¹

La literatura hispanoamericana cuenta con un material extenso epistolar, y el género ha llegado a clímax estéticos en autores como Sor Juan Inés de la Cruz, Simón Bolívar, Manuela Sáenz Aispuru, Domingo Faustino Sarmiento, como exponentes de un espíritu independiente, en cuyas páginas despliegan una inusitada fuerza expresiva, como reinventado la lengua castellana. Sin duda, el siglo XIX produjo entre nosotros manifestaciones, de gran significación comparativa, como son el caso del epistolario de un Juan María Gutiérrez en Argentina, o el de don Miguel Antonio Caro en Colombia, para contraernos a dos de indiscutible valor histórico y literario a la vez. El mismo Pedro Henríquez Ureña o Alfonso Reyes en el siglo XX, pueden tenerse como consumados cultivadores del género, en la medida que él exterioriza y moviliza hacia la expresión escrita los matices más diversos de la subjetividad contenida, de la vasta erudición, de una riqueza comunicativa envidiable, de una espontaneidad y confidencialidad fresca y cautivadora. Estas virtudes estéticas compaginan con una experiencia literaria genuina, que no solo amplifica el modo de comprender la vida literaria sino que la enriquece en su concepción, alcance y prácticas discursivas y textuales.

Postdata, a modo de conclusión

El legado epistolar de Rafael Gutiérrez Girardot, actualiza esa tradición inscrita en la modernidad literaria hispanoamericana. Este legado, muy parcialmente explorado y conocido, es una promesa abierta y expectante para

11 Cfr. *Der Briefwechsel zwischen Schiller und Goethe*. Edición de Emil Staiger. Insel Verlag. Francfort, 1977.

conocer detalles de su existencia intelectual y vital, como hemos dicho y de algún modo ejemplificado. Pero también estas cartas tienen una visa de material literario de por sí. Ellas hablan y crean su propio lenguaje, invitan a disfrutarlas y examinarlas como fuente viva literaria, por el gusto que motivan en el lector, por la picardía creativa que en ellas se cose, por las inéditas experiencias intelectuales, en nuestro pobre medio intelectual, por los relaciones personales, literarias, y por los juicios sobre cosas y personas, y el modo, poco corriente, de entender sus esfuerzos críticos. Las cartas de Gutiérrez son un universo propio, movido por circunstancias puntuales y por necesidades vitales, de intensa subjetividad. El yo-Gutiérrez se complace consigo mismo, se recrea y se solaza con su ingenio a borbotones. Sabe que tiene un filo metafórico de su propia cosecha y lo explota a discreción. Describe, narra, se lamenta, juega, juzga, provoca variaciones del mismo tema. El campo autónomo epistolar es un paisaje diverso de llanuras, valles, picos, enseñadas lingüísticas a medio recorrer. Los bloques de martilleo filosófico contrastan con los bucólicos domésticos; las meditaciones críticas con el “cotilleo social”; las intempestivas políticas con los saludos de la “tribu” familiar. El caminante-emisario hace el paisaje epistolar, se construye reflexivamente en él, deja al descubierto verbal sus intensos y variables tonos que forman su arte expresivo, sin reglas precisas, pero de efectos ciertos. Sabe también, por supuesto, a quién se dirige, y apuesta a una forma adecuada para su corresponsal. Acierta en afinar la voz conveniente a cada uno de los remitentes, como en el caso examinado a Nils Hedberg, persona mayor, discreto e inteligente director de un Instituto académico de Suecia (que en ocasiones trata paternalmente a su díscolo corresponsal suramericano de “m’hijito”), que ampara incondicional al vivaz “excelente muchacho” y que se convierte gustoso en su compadre.

Tal vez de este ciclo epistolar con Hedberg (es una nota más baja, para emplear un símil musical, el de Reyes) se saque la elemental conclusión de que Gutiérrez construyó su obra crítica leyendo sus autores de cabecera. La conclusión es obvia y hasta trivial. Lo esencial es poder corroborar la manera en que se enfrentaba, con una dedicación extrema, a la juiciosa lectura y relectura de sus autores, pero sobre todo que aplicaba, además de su empeño, un juicio desprevenido, abierto, que se imponía sus propias exigencias y que ellas iban en permanente ascenso. Los instrumentos críticos eran la lectura sistemática, el placer apasionado y el encanto y disfrute de la lectura, la virtud de la sorpresa para dejarse interrogar por la efigie-

texto, la indeclinable persecución de su presa literaria, pero sobre todo, la convicción de una *praxis* crítica que se entiende, en el sentido schlegeliano, a saber, la crítica literaria es literatura que habla de literatura. Estas cartas, entendidas así, no son solo fuentes o prolegómenos de la crítica literaria; son literatura en el sentido pleno; por su efecto en su destinatario: como le provoca a Hedberg una sensación de carta “morrocotuda y graciosa”. O más explícitamente (21.06.1956): “Tus cartas, como siempre, son un extraordinario despliegue de prosa genial y archigraciosa, de modo que todos los que aquí quedamos, gozamos plenamente de tu refrescante lectura”.

Nota bibliográfica de Rafael Gutiérrez Girardot, 1959-1965

Las cartas a Nils Hedberg dan la impresión de que el crítico colombiano se ocupaba exclusivamente de sacar adelante su compromiso académico con el Instituto sueco. La selección bibliográfica de estos años muestra su amplio y complejo espectro de preocupaciones intelectuales. Sirve, de paso, como base de las referencias de sus propios textos producidos en esta época por Gutiérrez Girardot: 1956. “Nota sobre Hegel”, en: *Mito* Revista bimestral, Bogotá, octubre-noviembre, año II, N.º 10, 207-223.

1957. “Otra vez Nietzsche”, en: *Mito* Revista bimestral, Bogotá, octubre-noviembre, año III, N.º 16, 270-276.

1958. “Literatura y sociedad: a propósito de una crítica”, en: *Mito* Revista bimestral, Bogotá, diciembre 1957-enero, año III, N.º 17, 331-336.

1958. “Friedrich Schlegel y la fundamentación de la hermenéutica”, en: *Tierra Firme* N.º 1, Bogotá, abril-junio, 54-62.

1959. “Jorge Luis Borges”, en: *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, Bogotá, 26 de julio, 3.

1959. “Friedrich Schiller. Entre la Ilustración y el barroco”, en: *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, Bogotá, 29 de noviembre, 3.

1959. *Jorge Luis Borges. Ensayo de interpretación*. Madrid, Revista Ínsula.

1959. *En torno a la literatura alemana contemporánea*. Madrid, Taurus, 54.

1959. Traducción de “La fiesta de la Paz” de Hölderlin, en: *Tierra Firme* N.º 4, Bogotá, enero-marzo.

1960. “Ernst Bloch, renacimiento hegeliano y revisionismo marxista”, en: *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, Bogotá, 6 de marzo, 2.

1960. “La supervivencia romántica. Notas sobre la cultura hispánica contemporánea”, en: *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, Bogotá, 10 de abril, 1-2.

1960. “Cómo leer a Tomás Carrasquilla”, en: *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, Bogotá, 31 de julio, 1-2.

1960. "Quevedo ¿teólogo?", en: *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, Bogotá, 11 de septiembre, 1.
1960. "¿Qué es la dialéctica? (Un ejercicio sobre Hegel)", en: *Mito* Revista bimestral, Bogotá, noviembre-diciembre, año IV, N.º 33, 100-118.
1960. Jorge Luis Borges/ Ein Vortrag von Rafael Gutiérrez Girardot. Bonn, Argentinische Botschaft, 10.
1961. "Pedro Henríquez Ureña: a propósito de la edición de su obra crítica", en: *El Rehilete*, México, N.º 1, 11-15.
1961. "Jorge Luis Borges", en: *Merkur*, N.º 156, febrero. Stuttgart.
1961. "Jorge Luis Borges", en: *Mito* Revista bimestral VII (39-40), Bogotá, diciembre, 1961-enero, 1962, 119-125.
1962. *Dos estudios sobre Alfonso Reyes*; por Ingmar Dühring y Rafael Gutiérrez Girardot. Madrid: Ínsula, 156.
1964. "Hegel. Notas heterodoxas para su lectura", en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, marzo, N.º 171, 565-676.
1964. "Hegel y lo trágico. Notas sobre la génesis política de su filosofía especulativa", en: *Sur*, Buenos Aires, marzo-abril, 74-86.
1964. *Der Zahir und andere Erzählungen* / Jorge Luis Borges. [Aus dem Span. übers. von Eva Hesse und Karl August Horst. Nachw.: Rafael Gutiérrez Girardot] Frankfurt am Main, Insel-Verlag, 66.
1965. "Walter Benjamin. Posibilidad y realidad de una filosofía poética", en: *Ínsula*, Madrid, mayo, N.º 185, 307-324.
1965. "Problemas de la crítica literaria", en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, mayo, N.º 185, 307-324.
1965. "El fin de la filosofía", en: *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, Bogotá, 27 de junio, 5.